

SERMON
DE LAS DUDAS
ACERCA DE LA RELIGION.

(DE MASSILLON.)

PARA EL MÁRTE DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.

Sed hunc scimus unde sit, Christus autem cum venerit, nemo scit unde sit.

Este sabemos de dónde viene; pero cuando se manifieste Cristo, nadie sabrá de dónde viene.

S. Juan, c. 7. v. 27.

El mayor pretexto que la incredulidad de los judíos oponía á la doctrina y al ministerio de Jesucristo, eran ciertas dudas acerca de la verdad de su mision. Nosotros, decian, sabemos quién sois y de dónde descendéis; pero cuando se manifieste el Cristo que esperamos, no sabremos de dónde viene, y así no tenemos certeza de que seáis el Mesías prometido á nuestros padres: acaso un espíritu engañador está obrando por medio vuestro estos prestigios á nuestra vista, y engañando la credulidad del vulgo. Se han visto ya muchos impostores en Judea, los que decian ser el gran Profeta que esperamos, los cuales han engañado al pueblo, y por último han recibido el castigo de su impostura. No tengáis pues suspensa nuestra alma: *Quousque animam nostram tollis?* (1) si queréis que os creamos como á Cristo, manifestad que lo sois de un modo que no deje lugar á la duda y al engaño.

No me atreviera á decirlo aquí, católicos, si este modo de hablar dudando de la Fe no se hubiera hecho tan comun entre nosotros, que ya no es necesario usar de precauciones para impugnarle. Oíd pues el pretexto casi mas universal que se usa en el mundo, para vivir tranquilos en una vida absolutamente pecaminosa. Todo el mundo está hoy lleno de aquellos pecadores que nos dicen sin embarazo, que se convertirian, si es-

(1) *S. Joan. c. 10. v. 24.*

tuvieran ciertos de que era verdad todo lo que les decimos acerca de la Religion; que acaso se acaba todo con esta vida; que tienen unas dudas y unas dificultades acerca de nuestros misterios, para las que no hallan respuesta que los satisfaga; que realmente todo les parece muy incierto; y que ántes de determinarse á seguir las severas máximas del Evangelio, es menester estar muy asegurados de que su trabajo no se ha de perder.

No es mi intento hoy confundir la incredulidad con las evidentes pruebas que confirman la verdad de la Fe cristiana, porque ademas de que quedan ya establecidas estas reglas en otra parte, es este un asunto muy dilatado para un discurso, y la mayor parte de los oyentes no se hallan con las luces necesarias para comprenderlo: el emplear la seriedad de nuestro ministerio en impugnar y combatir las frívolas objeciones de casi todos aquellos que pasan en el mundo por incrédulos, seria hacerles demasiado favor.

Así es preciso valernos hoy de un medio mas corto y mas fácil. Mi fin pues no es el demostrar la evidencia de las pruebas que dan testimonio á la verdad de la Fe, sino solamente descubrir la falsedad de la incredulidad. Intento probar hoy que la mayor parte de los que se tienen por incrédulos, no lo son en la realidad; que casi todos los pecadores que nos alegan y ponderan continuamente sus dudas, como único obstáculo para su conversion, no dudan en la realidad; y que entre todos los pretextos de que se valen para no mudar de vida, el de las dudas acerca de la Religion, que es hoy el mas comun, es el ménos verdadero y el ménos sincero.

Desde luego parecerá cosa extraña á los que están persuadidos de que tienen verdaderas dudas acerca de la Religion, y que continuamente nos las están oponiendo, el que yo intente probar que no dudan en la realidad. Con todo eso por poco conocimiento que se tenga de los hombres, y por poco que se reflexione acerca del carácter de aquellos principalmente que se precian de dudar, no hay cosa mas fácil que el quedar convencidos de esta verdad. Digo por poco que se reflexione acerca de su carácter, porque en este siempre se observa el desorden, la ignorancia y la vanidad, y estas son las tres principales raíces de aquellas dudas que atribuyen á la incredulidad, sin que esta casi tenga parte en ellas.

Primeramente : el desórden propone estas dudas sin atreverse á creerlas : primera reflexion.

En segundo lugar : la ignorancia las abraza sin conocerlas : segunda reflexion.

Finalmente, la vanidad se precia de ellas, sin poder conseguir el que le sirvan de consuelo.

Es decir que la mayor parte de los que se tienen por incrédulos en el mundo, viven tan desordenadamente que quisieran serlo en la realidad : son demasiado ignorantes para poderlo ser efectivamente ; pero tienen bastante vanidad para querer parecerlo. Explicaré estas tres reflexiones, cuyo objeto es tan comun entre nosotros, y confundiré, no la incredulidad, sino el libertinaje, manifestándole á sí mismo. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Es necesario, católicos, conceder desde luego, en medio de que es de gran confusion para nosotros esta verdad, es necesario conceder, vuelvo á decir, que en nuestro siglo y en los de nuestros padres ha habido verdaderos incrédulos. Ni es extraño que en la depravacion de costumbres en que vivimos, y en medio de los escándalos que há tanto tiempo que afligen la Iglesia, se hallen algunas veces hombres que no quieran conocer á Dios, y que la fe que en todos está tan debilitada, se haya extinguido absolutamente en algunos. Asi como en todos los siglos se ven algunas almas escogidas y extraordinarias, á las que el Señor llena de sus gracias, de sus luces, de sus mas singulares dones, y en las que se complace en derramar á manos llenas todas las riquezas de su misericordia ; tambien se ven almas en quienes se consume la iniquidad, por decirlo así, y parece que las ha señalado el Señor para que se manifiesten en ellas los mas terribles juicios de su justicia, y los mas funestos efectos de su abandono é indignacion.

La Iglesia pues, en donde todos los escándalos han de crecer hasta el fin, no puede gloriarse de estar absolutamente libre del escándalo de la incredulidad : tiene sus astros que de tiempo en tiempo la iluminan, como sus monstruos que la desfiguran ; y entre aquellos grandes hombres, célebres por sus talentos y santidad, que en cada siglo le han servido de adorno y

defensa, ha visto levantarse tambien una generacion de hombres impíos, cuyos nombres aún causan horror en el universo, los que con sus escritos, llenos de blasfemias é impiedad, se han atrevido á impugnar los misterios de Dios, á negar la salvacion y las santas promesas hechas á nuestros padres, á trastornar el fundamento de la Fe, y á predicar el libertinaje entre los fieles.

No quiero decir, católicos, que entre tantos libertinos como entre nosotros hablan el idioma de la incredulidad, no se halle alguno de espíritu y corazon tan corrompido, y tan abandonado de Dios, que no sea verdaderamente incrédulo ; lo que sí intento probar es, que son raros estos hombres impíos, que permanecen constantes en la impiedad ; y que entre todos aquellos que continuamente nos están ponderando sus dudas y su incredulidad, haciendo de ella una perversa ostentacion, acaso no habrá uno, sobre cuyo corazon no conserve aun la fe sus derechos, y que no tema en su interior al Dios á quien públicamente se precia de no querer conocer. Para convencer pues á estos falsos incrédulos, no siempre hay necesidad de pelear, porque las mas veces se pelea contra unas fantasmas ; basta el manifestarlos como son en sí, y muy presto desaparece la infame decoracion de la incredulidad con que se adornan, sin que les quede mas que sus pasiones y desórdenes.

Y esta es la primera razon en que fundo la proposicion general, de que la mayor parte de los que se precian de dudar, no dudan efectivamente, pues sus dudas nacen de sus desórdenes, y no de la incredulidad ; y sabéis por qué, católicos ? Porque el desórden es el que ha formado sus dudas, y no sus dudas el desórden ; porque actualmente se hallan abandonados á sus pasiones, y no á sus dudas ; y finalmente, porque por lo comun solo impugnan aquellas verdades de la Religion que se oponen á sus pasiones. Estas son unas reflexiones que me parecen dignas de vuestra atencion : os las explicaré sin exornarlas, y segun el orden con que se ofrecen á nuestro entendimiento.

Dije en primer lugar, que el desórden ha formado sus dudas, y no sus dudas el desórden. Sí, católicos ; hasta ahora no hemos visto entre esos hombres que se precian de ser tenidos por incrédulos, alguno que haya empezado dudando acerca de las verdades de la Fe, y que desde las dudas haya caído en los

desórdenes; todos empiezan por las pasiones, y despues se siguen las dudas. Al principio se dejan llevar de los desórdenes de la edad y de los excesos de los infames placeres, y despues de haber andado algun camino, cuando les parece imposible volver atras, se dicen á sí mismos para consolarse, que nada hay que esperar despues de esta vida, ó por lo ménos se alegran de hallar quien se lo diga. No infieren de la poca certeza que hallan en la Religion, que deben abandonarse á los placeres y que es inútil el violentarse, porque todo muere con nosotros; sino por el contrario, por haberse abandonado á los placeres nacen en ellos dudas acerca de la Religion, y figurándose como imposible el violentarse, infieren que tambien es inútil. No llega á sospecharse de la verdad de la Fe, sino cuando esta empieza á servir de incomodidad. Hasta ahora la incredulidad no ha formado sensuales; pero la sensualidad ha formado casi todos los incrédulos.

Y vosotros, á quienes se dirige este discurso, no podréis negarme, en prueba de lo que digo, que miéntras vivisteis con pudor é inocencia, nunca dudasteis de la Fe. Acordáos de aquel tiempo feliz, cuando las pasiones aun no habian inficionado vuestro corazon, quanto os representaba la Fe de vuestros padres, todo os parecia augusto y respetable; la razon se sometia sin trabajo al yugo de la autoridad; no cuidabais de proponeros dificultades y dudas; pero luego que se mudaron vuestras costumbres, empezaron tambien á variar las ideas acerca de la Religion. Luego las nuevas dificultades que se presentan á vuestro entendimiento, no provienen de la Fe, sino que la práctica de las obligaciones es la que halla nuevos obstáculos en vuestro corazon. Y si me decís que aquellas primeras impresiones que se hallaban en vosotros, tan favorables á la fe, provenian de las preocupaciones de la educacion y de la niñez, os respondo que las segundas, tan favorables á la impiedad, no han provenido mas que de las preocupaciones de las pasiones y del desórden; y que en iguales circunstancias me parece mas seguro seguir las preocupaciones que se han formado en la inocencia y nos inclinan á la virtud, que las que han nacido en la infamia de las pasiones, y solo nos incitan al libertinaje y al pecado.

No hay mayor abatimiento para la incredulidad que el manifestarle su origen: se le atribuye un falso nombre de ciencia y

de luz, siendo así que es hija del pecado y de las tinieblas. No es pues la fuerza de la razon la que reduce á este estado á nuestros falsos incrédulos, sino la flaqueza de un corazon corrompido, que no pudo vencer sus mas perversas inclinaciones; una falta de ánimo, que no pudiendo sufrir ni mirar con firmeza los terrores y amenazas de la Religion, procura deslumbrarse, diciéndose continuamente que son unos temores pueriles; semejantes á un hombre, que amedrentado con los horrores de la noche, canta cuando camina solo por entre sus tinieblas, para animarse á sí mismo. El desórden siempre nos hace cobardes y tímidos; y el excesivo temor á las eternas penas es el que hace que los libertinos nos repitan continuamente, que estas penas son dudosas; tiemblan y quieren animarse á sí mismos; no pueden sufrir á un mismo tiempo la vista de sus delitos, y la del castigo que los espera. Esta Fe tan venerable, y de la que hablan con tanto desprecio, los asusta y amedrenta aún mas que á otros pecadores, que si bien no dudan de sus castigos, con todo eso no dejan de ser infieles á sus preceptos. Son unos cobardes, que ocultan su miedo bajo una falsa ostencion de valentía. No, católicos; nuestros falsos incrédulos se precian de hombres animosos; pero examinádoslos bien, y hallaréis que son los mas cobardes de todos los hombres.

Por otra parte, no es extraño que el desórden nos conduzca á dudar acerca de la Religion; necesitamos llamar á la incredulidad en socorro de las pasiones, porque estas son demasiado débiles é injustas para poderse mantener por sí mismas. Nuestras luces, nuestros pensamientos, nuestra conciencia, todo las está impugnando en nuestro interior; y así es necesario buscar algun apoyo, y defenderlas contra nosotros mismos, porque todos gustamos de tener por lícito lo que nos agrada. No queremos que las pasiones que nos halagan, sean pecaminosas, ni tener que estar continuamente defendiendo los intereses de sus deleites contra los de la conciencia: queremos gozar tranquilamente de sus delitos, y librarnos del importuno censor que siempre está defendiendo en nuestro interior la virtud contra nosotros mismos. Miéntras que los remordimientos nos disputan el deleite de las pasiones, no gozamos perfectamente de ellas. Es comprar muy cara la culpa, el haberla de comprar á costa del mismo sosiego que en ella se busca: es preciso, ó poner fin á nuestros desórdenes, ó procurar vivir con

tranquilidad en ellos ; y como el poner fin á los desórdenes , nos costaria mucho trabajo , y por otra parte no podemos hallar tranquilidad sino dudando de las verdades que nos asustan , inmediatamente nos las proponemos como dudosas ; y para lograr el vivir tranquilos , procuramos persuadirnos que somos incrédulos .

Es decir , que los mayores esfuerzos del desórden se dirigen á entrar en el estado de ser incrédulos ; quisiéramos poder llegar á la funesta seguridad de la incredulidad ; miramos el estado de obstinacion absoluta como un estado feliz ; nos pesa haber nacido con una conciencia flaca y tímida ; envidiamos la suerte de aquellos que tenemos por firmes é inmutables en la impiedad ; los que acaso tambien , entregados interiormente á los mas tristes remordimientos , y preciándose de una firmeza que no tienen , miran con envidia nuestra suerte , porque juzgando de nosotros por las conversaciones de libertinaje que nos oyen , hacen de nosotros el mismo juicio que nosotros de ellos ; esto es , nos tienen por lo que no somos , y por lo que tanto unos como otros quisiéramos ser . De este modo , oh Dios mio ! esos falsos héroes de la impiedad viven en una ilusion continua , engañándose siempre á sí mismos , pareciendo lo que no son , solamente porque desean serlo ; quisieran que la Religion fuese un sueño ; dicen en su corazon que no hay Dios : *Dixit insipiens in corde suo , non est Deus* (1) . Esto es , explican con este impío lenguaje el deseo de su corazon , y quisieran que no hubiera Dios ; que aquel Ser tan grande y tan necesario fuese una quimera ; quisieran ser ellos solos árbitros de su destino ; quisieran ser responsables á sí mismos solamente de los horrores de su vida y de la indignidad de sus pasiones ; que todo se acabara con ellos , y que no hubiera mas allá del sepulcro un Juez supremo y eterno , vengador del vicio y remunerador de la virtud : lo desean , y le aniquilan , en cuanto les es posible , con los impíos deseos de su corazon ; pero no pueden borrar de lo íntimo de su alma la idea de su poder y el temor de su justicia : *Dixit insipiens in corde suo , non est Deus* .

Á la verdad , seria vileza é infamia para un hombre vano y sepultado en el desórden el decirse á sí mismo : yo soy demasiado flaco , y estoy demasiado abandonado á los placeres ,

(1) *Psalm. 13. v. 1.*

para salir de ellos y hacer una vida mas regular y mas cristiana . Este pretexto dejaria aún en su conciencia todos sus remordimientos : más cuenta le tiene el decirse : es cosa muy inútil el vivir mejor , porque nada hay que esperar despues de esta vida . Este pretexto es mucho mas cómodo , porque con él todo se acaba ; es el mas favorable á la pereza , porque nos aparta de los sacramentos y de las demas obligaciones de la Religion . Es mucho mas fácil decirse á sí mismo , que nada hay que esperar despues de esta vida , y vivir como si en la realidad lo creyésemos así : esto es sacudir de una vez el yugo , y librarse de todos los temores : esto es acabar con todos los molestos respetos que otra especie de pecadores suelen guardar con la Religion y la conciencia . Este pretexto de incredulidad , persuadiéndonos á que efectivamente dudamos , nos pone en cierto estado de indiferencia en órden á todo lo que mira á la salvacion , que nos impide el que nos conozcamos á nosotros mismos , y que hagamos reflexiones tristes acerca de nuestras pasiones ; nos dejamos torpemente llevar de la fatal corriente que nos arrastra en órden á la general preocupacion de que nada creemos ; tenemos pocos remordimientos , porque nos tenemos por incrédulos , y porque esta falsa creencia induce en nosotros casi la misma seguridad que la impiedad verdadera : á lo ménos es una especie de distraccion que adormece y suspende la sensibilidad de la conciencia , y haciendo que nos tengamos por lo que no somos en la realidad , nos hace vivir como si verdaderamente fuésemos lo que deseamos ser .

Es decir , que debemos mirar á la mayor parte de estos falsos incrédulos , á quienes hace tales el exceso y el libertinaje , como una especie de hombres flacos , disolutos y distraídos , que no teniendo valor ni para vivir cristianamente , ni para ser impíos , permanecen en este estado de independecia de la Religion , como el mas proporcionado á su pereza ; y como no hacen diligencia alguna para salir de él , se persuaden á que efectivamente son incrédulos . Esta es una especie de neutralidad entre la Fe y la irreligion , á que se acomoda la indiferencia ; porque para seguir uno de los dos partidos , es necesario usar de algun movimiento , y para permanecer neutrales , basta no pensar en cosa alguna y dejarse llevar de sus costumbres . De este modo , ni se examinan , ni deciden jamas de sí mismos . La impiedad constante y declarada tiene un no sé qué , que horro-

riza : por otra parte, la Religion presenta unos objetos que asustan y no se acomodan con las pasiones. Pues ¿qué remedio entre estos dos extremos, de los cuales el uno se opone á la razon, y el otro á los sentidos? Permanecer indeciso é irresoluto : en este estado se goza de la calma que deja la indiferencia, vivimos sin querer saber lo que somos, porque nos acomoda mas el no ser cosa alguna, y vivir sin pensar y sin conocernos. No, católicos, vuelvo á repetir, estos no son incrédulos, sino unos hombres cobardes, que no tienen valor para seguir uno de los dos partidos; que viven sensualmente, sin regla, sin moral, y aún muchas veces sin respeto al mundo; y que sin ser impíos, viven con todo eso sin Religion, porque esta pide consecuencia en el obrar, razon, elevacion, firmeza y altos pensamientos, y de todo esto son incapaces. Estos son los héroes de que se precia la impiedad; estos los campeones que la defienden, y los que opone á la Religion cuando nos insulta; estos sus partidarios, con los que se tiene por invencible. Muy débiles y miserables deben ser sus recursos, pues se halla reducida á buscarlos en semejantes hombres.

Esta es la primera razon con que se prueba que no son las dudas acerca de la Fe las que precipitan en el desórden, sino que el desórden es el que precipita en las dudas. La segunda razon se reduce á una confirmacion de la primera, y consiste en que si no mudamos de vida, no es porque nos detengan las dudas, sino porque no nos lo permiten las pasiones.

Católicos, que continuamente nos estáis alegando vuestras dudas acerca de nuestros misterios, no os pido sino que me escuchéis de buena fe. Cuando alguna vez pensáis en salir de ese abismo de vicios y desórdenes en que vivís, y cuando estando ménos desordenadas las pasiones, os permiten que hagáis alguna reflexion sobre vosotros mismos, ¿os oponéis entónces vuestras dudas acerca de la Religion? ¿Os decís : si me convierto, me ha de ser preciso creer unas cosas que parecen increíbles? es esa acaso la mayor dificultad? No por cierto; lo que decís en vuestro interior es, si me convierto, será preciso acabar con tal conexion, privarme de tales excesos, separarme de tales compañías, no concurrir á tales lugares, tomar resoluciones en que no podré perseverar, y seguir un método de vida que repugna á todas mis inclinaciones. Esto es lo que os detiene, este es el muro de separacion que os aparta de Dios. Ahora bien,

supuesto que ponderáis tanto á otros vuestras dudas, ¿por qué en este easo no contáis con ellas? No os detiene la razon ni la creencia, sino los desórdenes de vuestro corazon; y el que dilatéis vuestra conversion, no nace de vuestra incertidumbre en puntos de Fe, sino de la duda en que os deja la violencia y el imperio de vuestras pasiones, de si podréis sacudir el yugo de su servidumbre y de su infamia. Estas son, católicos, las verdaderas cadenas con que nuestros falsos incrédulos están ligados á sus propias miserias.

Confirmase esta verdad con que la mayor parte de los hombres que pasan plaza de incrédulos, varían de continuo aún acerca del punto de su incredulidad. En algunas ocasiones los mueven las verdades de la Religion; se sienten agitados de vivos remordimientos, buscan hombres doctos, acreditados y siervos de Dios, para conversar con ellos é instruirse: otras veces se burlan de estas verdades, tratan con desprecio á los siervos de Dios, y tienen á la piedad por quimera. No hay pecador, aún entre los que mas se precian de su incredulidad, á quien una muerte repentina, un accidente funesto, una pérdida sensible, un reves de la fortuna, una desgracia ruidosa, no haya movido á hacer tristes reflexiones acerca de su estado, y á desear vivir mas cristianamente. Tampoco hay pecador de los de esta especie, que en este estado de afliccion no busque á los justos para consolarse con ellos, y que no dé algun paso que haga concebir alguna esperanza de enmienda. No recurren entónces, para consolarse, á sus compañeros en la impiedad y libertinaje; no buscan el alivio de sus penas en aquella infame filosofía que se burla impiamente de nuestros misterios. Solo se juntan con sus amigos en el tiempo de alegrías y de los desórdenes, pero no en el del dolor y la afliccion: esta es la religion de los banquetes, de los deleites y de los excesos; pero no de los contratiempos y tristezas; y así pierden el gusto de la impiedad, cuando pierden el de los deleites, pues si su incredulidad estuviera fundada sobre verdaderas dudas acerca de la Religion, miéntras subsistieran estas, seria siempre la misma su incredulidad; mas como sus dudas nacen solamente de sus pasiones, y estas no siempre son las mismas, ni están siempre igualmente vivas y apoderadas de su corazon, sus dudas se mudan segun se mudan las pasiones, se aumentan y se disminuyen, se eclipsan y vuelven á parecer, observando constantes

la misma variedad y el mismo grado que sus pasiones: en una palabra, siguen el destino de ellas, porque en la realidad estas dudas son las pasiones mismas.

Porque nada se quede por deciros, católicos, y para acabar de daros á conocer el poco fundamento de la incredulidad, de que tanto se precian algunos, supongamos que respondéis á todas las dificultades de un pecador que se alaba de ser incrédulo, y que le reducís á no tener ya que replicar. No por eso se rinde, ni habéis adelantado cosa alguna con él; calla, como si tuviera razones mas convincentes, y como quien se desdenea de proponerlas: manifiesta satisfaccion, y á todos los argumentos á que no puede responder, opone un tono misterioso y decisivo. Entónces os compadecéis de su locura y obstinacion, pero os engañáis; compadecéos solamente de su vida libertina y de su mala fe, porque si al salir de la disputa, le acomete una enfermedad mortal, podéis ir á visitarle en su lecho de dolor, y hallaréis convencido á ese falso incrédulo. Entónces cesan sus dudas, se acaban sus incertidumbres, se desvanece y trastorna todo aquel deplorable aparato de incredulidad; ya no se trata de esta; invoca al Dios de sus padres; teme sus juicios, cuando ántes daba á entender que no los creía; el ministro de Jesucristo que es llamado á su socorro, no tiene necesidad de disputar con él para desengañarle de su impiedad; el mismo pecador que está para morir, previene en este punto los cuidados de su ministerio; se avergüenza de sus pasadas blasfemias, se arrepiente de ellas, confiesa su falsedad y mala fe, da pública satisfaccion á la majestad y á la verdad de la Religion, y ya no pide pruebas sino consuelos. Esto no consiste en que la enfermedad le haya dado nuevas luces para conocer las verdades de la Fe, ni en que el golpe que hiere su cuerpo, haya aclarado las dudas de su espíritu; sino en que ya entra dentro de su corazon, en que se acaban sus desórdenes; en una palabra, en que sus dudas estaban en sus pasiones, y todo lo que acaba con sus pasiones, acaba al mismo tiempo con sus dudas.

Confieso que algunas veces se hallan pecadores que extienden su locura y su impiedad hasta este último instante; y que vomitando con una alma impía blasfemias contra el Dios que va á juzgarlos, no quieren conocerle, porque, oh Dios mio! vos sois terrible en vuestros juicios, y permitis algunas veces que el impío muera en su impiedad; pero estos ejemplos son raros,

y vosotros mismos, católicos, sabéis que apénas se halla en un siglo uno de estos horrendos espectáculos. Pero mirád en aquel último instante á todos los demas que pasan por verdaderos incrédulos en la opinion de los hombres; mirád á un pecador moribundo, que hasta entónces habia parecido firme en la impiedad, y el mas resuelto de todos á no creer cosa alguna, cómo él mismo previene la proposicion que iban á hacerle de que recurra á los remedios de la Iglesia, levanta las manos al cielo, da públicas y sinceras señales de una Religion que nunca se habia borrado de lo íntimo de su alma, y no desprecia como pueriles temores las amenazas y castigos de la vida futura. Pero qué digo? este mismo pecador, que en otro tiempo se manifestaba tan firme en la incredulidad y tan superior á los temores vulgares, se halla entónces mas cobarde, mas tímido y mas crédulo que el alma mas simple; sus temores son mas excesivos, su religion mas supersticiosa, sus ejercicios de culto mas sencillos, mas vulgares y mas extremados que los del pueblo ignorante; y como los excesos opuestos nunca distan mucho entre sí, en un instante se le ve pasar de la impiedad á la supersticion, y de la firmeza de filósofo á la cobardía del simple y poco instruido.

En este estado quisiera yo llamar con Tertuliano al pecador que está para morir, y hacerle hablar en mi lugar contra la incredulidad; en este estado no querría yo, para honra de la Religion de nuestros padres, mas testigo de la cobardía y mala fe del impío, que á esta alma que está para espirar, y que no puede hablar otro idioma mas que el de la verdad. En este estado quisiera yo que se juntasen todos los incrédulos al rededor de la cama de su muerte, y para confundirlos con un testimonio que no puede serles sospechoso, decirle con Tertuliano: ó alma, ántes que salgas de ese cuerpo terreno de que vas á separarte, permítame que te llame aquí por testigo: *consiste in medio, anima*. Habla en este último instante en que debes rendirte á la verdad, y no á la vanidad; dínos si miras á aquel Dios terrible, en cuyas manos vas á caer, como una fantasma con que se asusta á los espíritus cobardes y crédulos; dínos, si al mismo tiempo que todo desaparece á tu vista, y cuando para tí van á caer en la nada todas las criaturas, ¿no es solamente Dios el que te parece inmortal, inmutable, supremo ser de los siglos y de la eternidad, que llena el cielo y la tierra? Todos nos-